

## Manhattan Blues

Izara BATRES

La autora, Izara Batres, nació en Madrid en 1982. Es escritora y periodista (licenciada en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid). Ha trabajado como redactora en revistas de actualidad, en radio y en Televisión Española; como redactora y editora en una editorial, y como colaboradora en varias publicaciones culturales.

Ha sido premiada en diversas ocasiones. Recibió el premio de la editorial Siruela por su ensayo en el certamen "El mundo de Sofía" (2004); el primer premio del periódico *El País*, como ganadora del concurso de relatos de *EP3 "Talentos"* (2007); resultó finalista del XIV Premio Internacional de Poesía Luys Santamarina (2009) y del Premio Nacional de Poesía "Fundación Cultural Miguel Hernández" (2009). Recientemente, ha publicado el libro de poesía *Avenidas del tiempo*.

El poema "Manhattan Blues" está incluido en el poemario *El poeta y el tiempo* (2008).

\* \* \*

### Manhattan Blues

Dame la mano.

Ven conmigo para que te explique la fina trama de la ironía.  
¿No es verdad que, a punto de la noche,  
cuando el cielo se convierte en un mar de luces  
bajo la ciudad de Nueva York,  
tú enciendes un cigarro y respiras,  
y dejas que las cosas bailen al compás de algún viejo *blues*?

¿Es cierto que, todavía, en Central Park  
se desintegran los cometas,  
y, más tarde, caminando por la Quinta Avenida,  
los árboles son de otoño?

Tú nunca me contaste el secreto invisible  
para hacer de esta distancia lo que hicimos;  
para que, una vez, desde la ventana de uno de esos rascacielos  
le dieras la vuelta a mi vida.

Es gracioso que recuerdes los paseos por Greenwich Village  
entrelazados con la sutil fábula de niñez.

Y el puente de Brookling,  
como un gigantesco caballo épico,  
dorado y llameante,  
cabalgando sobre las aguas de fuego, al atardecer.

La noche es una descomunal alfombra de versos  
que has desnudado y tendido a nuestros pies  
infinitas veces,  
con un solo gesto de tus dedos.  
Un solo brillo infinito con el que admirabas  
los objetos de las tiendas antiguas,  
y esa febril emoción  
de las hermosas tardes de primavera frente al lago,  
suspendidas en el tiempo.

Pero esa pastelería,  
en la que fuimos unos deliciosos chalados  
en busca del aroma blando y caliente, al amanecer,  
se ha confundido, absurdamente,  
con los ladrillos y el hormigón,  
silenciada como una estructura sin ojos.

Y nosotros,  
¿nos hemos perdido?  
Cuéntame esa pequeña inconsistencia  
que te convierte en lo que me ayuda a respirar.

Me pareces de brisa cuando te imagino  
con una copa elegante en la mano.  
Música jazz en tu apartamento de Frank Lloyd Wright,  
el cuerpo esbelto, la cintura fina,  
algo de carmín que viene y va.  
Y una mirada de miel, infinita, a través del cristal,  
derramando melancolía  
sobre las calles y los ritmos de Nueva York.  
Memorias agridulces de los días felices,  
del frenético esplendor en las avenidas  
y la sucesión de lunas y esfinges  
que habitan las noches de la gran ciudad.  
¿Crecerán, esta vez, las flores de primavera en *Little Italy*?  
¿Regresarás a ese laberinto de imágenes  
que es Broadway con la 42?

Escríbeme un verso y yo te regalo  
la mejor de mis sinfonías.  
Tal vez así lleguemos al acuerdo perfecto;  
ese que no divide nuestros tiempos y nuestras vidas.  
Y quizá yo esté ahí;  
quizá yo llegue a mirarte desde la risa cálida,  
bajo las ramas floridas o desnudas de los árboles,  
en una de las cuatro esquinas.  
Quizá esté enfrente, esperando,  
con un ramo de flores, y el cuello de mi abrigo largo  
desplegado, al modo de un dandi,  
mientras los coches pasan,

y las mujeres bajan las escaleras con sus tacones.  
Y entonces, tal vez, te recordaré con esa sonrisa tímida,  
pero súbitamente turbadora,  
el aire de Manhattan revolviéndote el cabello,  
y, al fondo, el Hudson, y la antigua melodía del puerto.  
Tus manos sobre el abrigo mientras corres,  
sólo una imagen fugaz,  
juego de luces, los cables del puente,  
algún turista en pinceladas,  
yo diría estupideces;  
y tus ojos sonreirían, con esa particular forma de contención  
que abarca el mundo.

Ignoro si aquel aroma de nenúfar sigue perfumando  
el trozo de parque que nos prometimos,  
mientras sonaba la vieja canción de jazz.  
Pero déjame decirte que, una vez, tuvimos...  
que, quizá, una vez tuvimos  
ese irónico, leve destello  
que anuncia la eternidad.